

EDITORIAL

En los últimos años se ha venido produciendo una extraordinaria cosecha arquitectónica de museos. Las revistas profesionales se han hecho eco de su aparición con tanto mayor entusiasmo cuanto mayor es el prestigio de sus autores y la novedad aparente de sus propuestas, hasta tal punto que lo que por otra parte es normal ha empezado a generar una actitud en cierto modo patológica. La "rareza" o la extravagancia han empezado a dejar de ser valores raros o extravagantes.

Se está llegando a un cierto abuso de la forma exacerbada más allá de lo que es exigible o prácticamente comprensible. El museo refleja una situación, histórica y sociológicamente característica de un final de siglo calificable como desconcertado, seguramente mejor que otros tipos arquitectónicos.

Muchos de los arquitectos mejor considerados profesionalmente han intentado aportar soluciones modélicas a los requerimientos que la sociedad y sus instituciones les plantean al solicitar sus productos.

Sin embargo, a pesar de la brillantez general de las propuestas, a pesar del interés intrínseco de los programas, de la importancia simbólica del tema, del de los propios contenidos, de su importante función social, del disfrute que nos deparan, algo queda en las últimas experiencias museísticas como poso de insatisfacción.

Como en una resaca después de todo exceso, empezamos a pensar si no fue todo un poco exagerado y quizás inoportuno.

No acaba de encontrarse el tipo que responde a un programa que difícilmente se acota, sino que, al contrario, se dispara en lo accesorio. No termina de ajustarse el uso de una función social "intencionadamente" ambigua.

El pretendido nuevo museo se debate intuitivamente entre la producción del máximo elitismo y una supuesta libertad a las facilidades y sorpresas. Las variables vitruvianas entraron otra vez en conflicto.

Pero además, lo que surgió como fruto de la valoración de la cultura, entendida como patrimonio de todos, disfrutado y tenido por unos pocos, ha pasado a ser, a través de los "mass media", uno de los centros de disfrute programado de las masas de consumidores.

En el éxito de público se basa su importancia. Desatada la competencia por captar al cliente, entran en lucha las ciudades cuya "oferta cultural" les presenta como protagonistas, las instituciones que pretenden justificar con su creación operaciones difícilmente sostenibles y arquitectos que ponen su prestigio al servicio de esta causa.

El gasto que estas operaciones suponen no está aún claramente evaluado en términos económicos. En términos políticos parece que los fines de la propaganda justifican los medios, hasta tal punto que casi nunca se proponen desde una estrategia meditada. Quizás no sea casual que así suceda.

Desde un punto de vista arquitectónico, la reflexión sobre este fenómeno de nuestro tiempo parece necesaria. Lo que hoy podríamos llamar "massemus" está llegando a puntos sin retorno. Empieza a ser urgente volver de nuevo a ser "original" en sentido estricto.

Presentamos en este número varias reflexiones desde contextos distintos en torno a este problema acompañando a notables propuestas en este campo. No intentamos presentar lo último, sino ofrecerlo de modo objetivo. Sobre su verdadero valor juzgará seguramente la historia.

Nosotros sólo nos preguntamos sobre el porqué de tantos museos, el porqué de su forma; también, el para qué y el para quiénes. El cómo es, por ahora, al parecer, algo sin respuesta precisa, dejado peligrosamente al azar de lo anecdótico.